

Alegráronse todos sus soldados
Y alientáanse los mas enflaquecidos,
Siguiéron los caminos mas hollados
Hasta dar en buhios proveidos
De maices y carnes y pescados,
Do fueron por buen rato resistidos;
Mas el flaco varon y mas hambriento
Todavía gozó de vencimiento.

Estaban estos indios en un viso
Para defensa bien acomodado,
Y el capitán Aduza luego quiso
Poner en la comida gran recado;
Y despachó soldados con aviso
Al campo que quedaba fatigado,
El cual, teniendo nueva de comida,
Hizo con gran presteza su venida.

Llegados el Losada y el Reinoso,
Loaron al Aduza grandemente
Del socorro que dió tan provechoso
En la reparacion de tanta gente;
El cual en esto fué siempre dichoso,
Adalid esforzado y escelente,
Y así la falta que se padecía
Ninguno mejor que él la socorria.

Estando todos pues en este fuerte
Gozando del sustento deseado,
No pudo ser sin una mala suerte;
Pues de comer allí cierto pescado
Murió Martín Fernandez, cuya muerte
Sintieron todos en extremo grado,
Por ser hombre cabal, cuerdo, quieto,
Y á quien todos tenían gran respeto.

Reparando sus armas y fardaje
Enjugaba los campos el verano,
Y así con algún mas matalotaje
De yucas secas y molido grano,
Siguiéron adelante su viaje
Con náutico regimen en la mano;
Porque por ser los campos tan exentos
Usaban de marinos instrumentos.

Habia dos pilotos principales,
En el altura cada cual maestro,
El uno portugués, Anton Gonzalez,
Otro Pedro Martel, no menos diestro:
No ven de cinosura las señales
Que de los navegantes son cabestro,
Aguja de los vientos es el tino
Por do rigen el campo peregrino.

De todos alimentos ya vacios
Adelante los lleva su porfia,
Topan inmensos campos, grandes rios,
Y gente sin ninguna pulicia:
Sin ranchos, sin ramadas, sin buhios,
Su tierra de labranzas es vacia,
Sino toldillos leves de vil palma
En tiempos fortunosos ó con calma.

Alhaja ni preseña no la tiene
Fuera de limpia flecha, dardo, lanza,
De cazas y de pescas se mantiene
Que de míses no hace confianza:
Una cierta raiz dicha lerene
Cultiva por su misera labranza;
Pero nunca jamás en el verano
Supo qué cosa es recoger grano.

La fuerza del invierno cuando llega
Aquestos campos nunca cultivados
Con sus inundaciones los anega,
Algunos altos dellos reservados;
Do suele residir la gente ciega,
Y suelen acudir muchos venados,
De que los dichos indios se pertrechan,
Y entonces de canoas se aprovechan.

Son todos ellos negros como cuervos,
Mas altos y dispuestos que fornidos,
Lijeros y alentados como ciervos,
Al conjugal amor muy sometidos;
En guerra pertinaces y protervos,
Temerarios, dementes, atrevidos,
Presume cada cual de ser tan bueno
Que en el acometer no tiene freno.

También cuando las aguas son molestas
Y los campos inundan avenidas,
Viven en barbacoas bien compuestas
Encima de los árboles tejidas.
Y en mil vasijas, calabazos, cestas
Guardan aquellas miserias comidas,
Harinas de raices y pescados,
Carne de dantas, puercos y venados.

Los tasajos curados con lejía
De coa, cierta planta salitrosa,
Porque sal por allí no se tenía,
Ni gozan estos de tan buena cosa;
Y en aquel tiempo nuestra compañía
Estaba della muy menesterosa,
Y aunque cualquiera hambre es insufrible,
Es esta la mayor y mas terrible.

También en estos reinos y confines
Hace sal esta gente vil y sucia
De ceniza de palma con orines,
Y en ella hacen todos grande hucia:
Estos son sus adobos mas insines,
Y la gente con ellos anda lucia,
Tiene casi que gusto de sardinas
Arenques, pero mal sala cecinas.

Así ni mas ni menos les faltaba
Que les era gustoso condimento
Para cualquier manjar que se guisaba,
Pues era ya de yerbas el sustento;
Así que cada cual dellos andaba
Cortado, flojo, triste, macilento,
Con menos fuerza que menester era
En tan trabajosísima carrera.

Pero siempre con ánimo constante,
Pues para mayor colmo deste hecho
Llevaban sus banderas adelante,
A cualquiera rigor poniendo pecho,
Hasta topar con tierra tan bastante
Que pudiese dar honra con provecho,
Y el esperanza de topar riqueza
Sacaba siempre fuerzas de flaqueza.

Tuvieron con aquestos naturales
Asperas y sangrientas competencias,
Que por ser atrevidos y bestiales
Llevaban lo peor en las pendencias:
Atravesaron grandes arenales
Sin hallar poblaciones ni apariencias,
Sino de arena una y otra sierra,
Do les hizo la sed terrible guerra.

En continuación de su jornada
Tierra se descubrió mas andadera,
Mas en tiempo de aguas anegada
En su disposicion y en su manera,
Do vieron prolijísima calzada,
Que fué mas de cien leguas duradera,
Con señales de antiguas poblaciones
Y de labranzas viejos camellones.

Alegróse la gente fatigada
Pensando de hallar un buen empleo,
Anduvieron caudillos del armada
Gran número de dias á rastroo;
Mas no hallaban rastro ni pisada,
Ni cosa que hinchese su deseo:
De caza no faltaba carne fresca,
Y en ciénagas y rios larga pesca.

Por todas cuatro partes indagaban,
Al norte, al sur, al leste y al oeste,
Y los del campo siempre declinaban
A la parte comun del viento leste;
Pero unos y otros no hallaban
Remedio ni socorro que les preste,
Hasta tanto que Rodrigo de Vega
Topó pequeña senda ya muy ciega.

García de Montalvo, rastreado
Con otros de caballo destas gentes,
Aquí la van perdiendo allí hallando,
Como perros rastros diligentes:
Hasta tanto que fué mas ensanchando
Y las pisadas viejas mas patentes,
Las cuales si por caso se perdian,
A los principios dellos revolvan.

Iban allí los dos negros hermanos
Libres, á quien llamaban los Piñones,
Mancebos bien dispuestos y lozanos,
Necesarios en estas ocasiones:
Soltisimos de piés, fuertes de manos,
Diestros en todos tiempos y sazones,
Dichos Miguel y Diego de la Fuente,
Cada cual adalid muy escelente.

Los cuales sé decir que siempre fueron
De gran utilidad en la conquista;
Estos allí los rastros prosiguieron,
Por ser de los mas diestros desta lista,
Y al remate del dia vista dieron
Al pueblo que llamaron Buena-Vista,
Por dalles en tan grave detrimento
Su vista crecidísimo contento.

Y también por estar bien fabricado
Donde la tierra mas se levantaba,
De suerte que por uno y otro lado
Por gran espacio del se devisaba:
De profunda quebrada rodeado,
Que muy pequeño trecho reservaba;
Vovieron sin ser vistos ni sentidos
Do los otros quedaban detenidos.

Cien hombres son de gente baquiána,
Y oida la razon de las espías,
Acordaron que luego de mañana
Diesen en aquel pueblo por dos vias;
Pero por ser tan rasa la zavana
Vieron los indios nuestra compañía,
Los cuales á las armas acudieron,
No sin admiracion de lo que vieron.

Los nuestros van la via concertada,
Y cuando comenzaban la subida
Opúsose delante la quebrada,
Que luego les detuvo su corrida:
Buscaron los peones el entrada,
Que con raro valor fué defendida
De gente jaguas y de caquetía,
Hasta que feneció la luz del dia.

Hicieron españoles asistencia
En la parte do fueron resistidos,
Esperando del sol nueva presencia
Por entralles mejor apercebidos;
Mas hicieron los bárbaros ausencia
Las mujeres é hijos recogidos,
Sacando los del pueblo flaco miedo
De los caballos y áspero denuedo.

Cuando la luz de Febo desviaba
Los húmidos vapores destos llanos,
Y fugitivas piernas fatigaba
El indio con temor de los cristianos;
Cada cual español aderezaba
Las cortadoras armas en las manos,
Y acometen al pueblo con gran furia,
Juzgando la tardanza por injuria.

Entraron luego todos por adonde
La via se mostraba mas abierta;
Pero contraria fuerza no responde,
Ni para resistencia se despierta:
Sospechaban algunos que se esconden
El bárbaro por dar con encubierta,
Y dentro ya se hacen mas atentos,
Recelando guerreros movimientos.

Mas puestos en el orden que debía,
Las calles y las plazas recorriendo,
Hallaron claros rastros que decian
Todos sus moradores ir huyendo:
Por espacio las casas se metian,
Sus rústicos manjares inquirendo,
Y dióles Dios allí tan buena mano,
Que hallaron gran número de grano.

En el maíz se hace dulce prueba,
Con gran deseo ya desta comida,
Y al campo se llevó la buena nueva
Que fué con gran contento recebida:
Los capitanes mandan que se mueva
Y acelerasen luego la partida,
Dióles á todos ellos gran aliento
El esperanza del mantenimiento.

Llegaron sin hacer mucho rodeo,
Porque los guió bien un Villasanta,
Repartióse por todos el empleo
Y sal que se halló, pero no tanta
Que pudiese hartar el gran deseo
Que della padecía la garganta,
Mas alegrólos ver tan buena cosa,
Muy blanca y en sabor maravillosa.

Y para conocerse por qué vias
Traian esta sal tan escelente
Procuraron tomar algunas guías,
Las cuales se tomaron facilmente;
Dijeron que tardaban muchos dias
En ir á contratar con otra gente,
Que de mas lejos la traian hecha
De otros que la dan de su cosecha.

Con estas buenas nuevas alentados
Determinan dejar aquel asiento,
Después que se sintieron reformados,
Y los caballos ya con mas aliento:
Atravesaron campos mal poblados,
Puesto que con algún mantenimiento,
Grandes ciénegas, rios, mil esterros,
Do murieron algunos compañeros.

Fatigados del término corrido
Determinaron de hacer parada
En un pequeño pueblo proveido
De la comida siempre deseada;
Y habiendo muchas cosas conferido,
Acordóse que Diego de Losada
Sabiese con doscientos compañeros
A efeto de buscar invernaderos.

Porque el invierno los amenazaba,
Que tiende por allí furiosa mano,
Y el espacioso campo se anegaba
En la mayor grandeza deste llano:
La cual necesidad los exhortaba
A buscar su remedio con verano;
Caminó pues por campos estendidos
Losada con sus hombres escogidos.

Como no se halló gente de guerra,
Montes ni levantadas serranias,
Lijeramente van calando tierra,
Aunque hallaban anegadas vias,
Hasta tanto que vieron alta sierra
A cabo ya de mas de treinta dias;
Y devisaron por las pertenencias
Grandes humos y llenas aparencias.

Para poder allí hacer asedio
O llegar do la gente se repare,
Había grande rio de por medio,
Que creo se llamaba Cazanare:
Losada no curó buscar remedio
Para ir do lo dicho se declare,
Aunque habian tomado por las aguas
Algunas canouelas ó piraguas.

Por indios que decian ser testigos
Desta sierra teníamos noticia;
Mas el Losada y otros sus amigos
Decian no ser cosa de codicia;
Y así sin inquirir otros abrigos
Volvieron, no con falta de malicia,
Do Reinoso quedaba con la gente
Que deste parecer fué diferente.

Copete y el Montalvo y un Miranda,
Guerrero, Tello y Rodrigo de Vega,
Con otros caballeros de su banda,
Viendo cómo el invierno se les llega,
Quisieron revolver á la demanda,
Condenando la vuelta por muy ciega,
Y decian ser falta de gobierno
No tener en las sierras el invierno.

Mayormente diciéndoles la guía
Aquella sierra ser muy bastecida,
De todo aquello que se pretendia:
De sal, de oro, ropas y comida;
Porque la gente della se decia
De tela de algodón andar vestida,
Y no cumplir dejar esta conquista
Pues que ya la tenían á la vista.

El general allí, como quisiese
Mitigar el furor con mansedumbre,
Al Losada mandó que revolviere
A traer de la sierra certidumbre:
Guerrero y los demás de que este fuese
No recibían poca pesadumbre,
Diciendo claramente que en su seno
Jamás cabría pensamiento bueno.

Porque la parte destos imagina
Que el Diego de Losada pretendía
Volver con los demás a la marina,
Incitado de cierta compañía:
Debajo de la torpe golosina
De los esclavos que hacer solía,
Y no fueron tan vanos pensamientos
Que no los confirmasen los eventos.

Mas Losada guió con sus soldados
A la sierra por pasos conocidos,
Y aquestos capitanes ya nombrados
Quedaron grandemente desabridos:
Los cuales y otros muchos congregados,
En ciertos pareceres resumidos,
Ordenaron que luego se juntasen
Y al Diego de Reinoso le hablasen.

Por ser un valeroso caballero,
Y en días y en edad el mas anciano,
Rogaron á Alonso Alvarez Guerrero,
Que para le hablar tome la mano:
El por les aplacer y ser tercero
Después del cumplimiento cortesano,
En presencia de gran junta de gente
Al general le dijo lo siguiente:

« Señor, de cuerdo es y de prudentes
Hacer al mal futuro resistencia,
Porque suelen criar inconvenientes,
Descuido, flojedad y negligencia;
Y cuanto los amagos mas presentes,
Mas breve cumple ser la providencia,
Pues no siempre se cura con buen tino
El desastre que viene repentino.

» No conviene poner en aventura
Lo que puede curarse de presente,
Que el cuerdo nunca pierde coyuntura,
En especial aquel que manda gente;
Viendo que de su seso y su cordura
El remedio comun está pendiente,
Como podrian ser ejemplo llano
Los que teneis debajo vuestra mano.

» De los cuales ya veis al mas robusto,
No lejos de sus días postrimeros,
Y el mas bien remediado con desgusto
Adevinando malos paraderos;
Y pareciéndole negocio justo
Obviar á los males venideros,
Pues si sana prudencia lo tantea
Nada vereis aquí que mal no sea.

» Y aun las aguas presentes y futuras
Comienzan ya de darnos sobresaltos,
Por ser anegadizos, sin culturas,
De seguros asientos todos faltos;
Y veis de las crecientes las horruas
Encima de los árboles mas altos:
Clara señal que si nos detenemos
Los mas bien avisados no saldremos.

» Cuanto menos los ya como difuntos
Flechados, mancos, cojos y tullidos!
Considerad también algunos puntos
Que no deben ser menos advertidos:
Y son el invernar de todos juntos,
Que no podemos sino divididos,
Pues mal se hallará tan buen asiento
Que para todos dé cabal intento.

» Parece que son consejos buenos,
Pues si entre muchos poco se reparte,
Lo poco claro está que será menos,
Y entre pocos cabrá mejor parte;
Y estando divididos en dos senos,
Podránse sustentar de mejor arte,
Y el fortunoso tiempo ya pasado,
Juntarnos do quedare señalado.

» Si pareciere bien la traza dada,
Que si pareciera, pues sois discreto,
Mandad volver á Diego de Losada
Para que la pongamos en efeto:
Que dél y de los de su camarada
Nunca jamás ternemos buen conceto,
Pues de sus pretensiones dadas muestras,
Son harto diferentes de las nuestras.»

Oyó Reinoso la razon propuesta,
Y á los puntos estuvo muy atento;
Mas no fué tan sabrosa la respuesta,
Que no causase gran desabrimiento:
Anduvo la vergüenza descompuesta
Hasta casi llegar á rompimiento;
En una y otra parte confusiones,
Requirimientos y protestaciones.

Luego se dividieron los parciales
Que seguían las partes del Guerrero,
Pasándose cien hombres principales
A la contraria playa de un estero,
Que fué principio de mayores males
Y de desventurado paradero:
Esperaron allí que noche fuese
Para recoger gente, si viniese.

El general acá, que con cuidado
Remediar este hecho deseaba,
Al maese de campo dió mandado,
Dándole cuenta de lo que pasaba,
Para que revolviere bien armado
Con los doscientos hombres que llevaba,
Y diesen ambos en el enemigo
Con ejemplares penas y castigo.

Pero los del motin por cierta via
Tuvieron relacion del embajada,
Y así les pareció que convenia
Jugar aquella noche de antubada:
Los cuales antes de la luz del día
Dieron en los de Diego de Losada,
Y sin los maltratar ni lastimallos
Les tomaron las armas y caballos.

El vencedor volvió como seguro
Por ver sin armas el contrario bando,
Y el campo raso les pareció muro,
Do los ojos estuvo regalando;
Mas el dicho Reinoso con escuro
Venía por sus pasos caminando,
Y dió con el ejército dormido,
Bien ignorante de lo sucedido.

El cual entonces iba por ventura
Con harta mas blandura que rigores;
Pero vista tan buena coyuntura,
Rompió diciendo: « ea, valedores:
Pues teneis la victoria bien segura,
Viva el rey, viva el rey, muéran traidores.»
Despiertan al ruido los dormidos,
Algunos dellos bien apercebidos.

Porque Pedro Copete y el Guerrero,
Montalvo, Jejas con Barrasa y Vega,
Cada cual en caballo muy lijero,
Mostraban gran valor en la refriega;
Argüello no tardó ni fué postrero,
Pues luego con algunos se les llega,
Y por entrambas partes á gran priesa
Andaba la lanzada muy espesa.

Gran grita, gran rumor, gran vocería
Sonaba por aquellos campos llanos,
La saña y el furor siempre crecía,
Ensangrentados ya rostros y manos,
Y por entrambos bandos se decía:
« Viva el rey, viva el rey, muéran tiranos.»
Andaba por allí cierto confeso,
Que esto decía con mayor esceso.

Joan Sanchez Labrador, hombre de brio,
Allí le respondió con voz altiva:
« Decí, ¿ quién mata al rey, perro judío?
Que yo tambien deseo que el rey viva; »
Mas una bala fué con tal avio,
Que del hablar y dulce ser lo priva:
Escuridad eterna lo retrajo
Con precipicio del caballo abajo.

Andando la batalla muy trabada
Y con ostinadísima porfia,
Le dieron al Guerrero una lanzada,
De donde mucha sangre le salía:
La fuerza deste ya debilitada,
La de Copete siempre resistía,
Con él sus dos hermanos Tello y Mesa,
Que hacían la otra parte lesa.

Cuando ya sobre el eje pruñoso
Traía la mañana clara lumbre,
Y el velo de la noche tenebroso
Huía por do tiene de costumbre,
Mejoraba la parte del Reinoso;
La otra ya con grande pesadumbre,
Aunque de entrambas partes hay caídos,
Y de los vivos muchos mal heridos.

Mas de la gente menos proveida,
Como de tal asalto descuidada,
Algunos se pusieron en huida
Dejando la victoria declarada
Por Diego de Reinoso, cuya vida
Con gran dificultad fué reservada;
Pues su caballo muerto, y él caído,
Muriera si no fuera socorrido.

De los que de la rota no huyeron
Prendieron como veinte señalados,
Que como principales luego fueron
A privacion de vida condenados:
Los rigurosos trances se cumplieron
En solos dos hidalgos desdichados,
Copete y Alonso Alvarez Guerrero:
Espectáculo harto lastimero.

Luego veinte soldados valerosos
De los que se hallaron mas culpados,
Al Reinoso y Losada sospechosos,
Por ser hombres de brios arriscados,
Con penas y con mandos rigurosos
Fueron de su comercio desterrados,
Para donde les diese su ventura
O ya la vida, ó ya la sepultura.

Destos era Garcia de Montalvo,
Pero Ruiz, Barrasa, Mesa y Tello,
Y aquel honrado Vega, cano y calvo,
El capitán Ruiz y Joan de Argüello:
Llevando para se poner en salvo
Muy colgada la vida de un caballo,
Por les poner delante su corrida
Pesadimosos riesgos de la vida.

Pero como fortisimos varones,
Que cierto cada cual era bastante,
Allanaron terribles tropezones
Que siempre se ponían por delante:
Rompiendo ferocisimas naciones,
Opuestas al cansado caminante,
El Barrasa, guiando con buen tino,
A la mar do llevaban su camino.

Nueve dias después Bernardo de Heras,
Joven de los mas sueltos y lijeros,
Hurtóse del Reinoso y sus banderas
Con ocho no menores compañeros,
Siguiendo las pisadas y carreras
Que llevaban aquestos caballeros;
Y fueron tan constantes las porfias,
Que los vieron en menos de tres dias.

Y á punto que se vian ya perdidos
Por tenellos mil indios rodeados,
Mas siendo tan á tiempo socorridos
De tan valerosisimos soldados,
Los cansados, hambrientos y afligidos,
En gran manera fueron alentados,
Y así, con el calor desta venida,
Pusieron á los indios en huida.

Abrevian el camino mal sabido,
Que el tiempo les mostraba rostro tierno,
Necesidad poniendo tal sentido
Y entre los veinte y nueve tal gobierno,
Que hallaron asiento proveido
Do pasaron las furias del invierno,
Y el verano mostrando su pintura,
Se pusieron en tierra ya segura.

Estando pues Reinoso en los esteros
Consultando con todos su partido,
Se huyeron Patiño y Ontiveros
Sin que se barruntase la huida:
Cada uno con treinta compañeros,
Gente desesperada y atrevida,
Otra noche huyó por consiguiente
Un Alonso Marqués con otros veinte.

Después de todos estos otro día
Remanecieron dos negros huidos,
Uno Pedro Mabuya se decía,
Otro Cristóbal, hombres atrevidos;
Mas al tiempo que cada cual salía
Con tal tiniebla fueron divididos,
Que aunque gastaron horas en buscarse
Nunca jamás pudieron encontrarse.

Mas aunque solo cada cual se vido
En no volver atrás fué tan constante,
Que el riesgo tuvo por mejor partido
Que dejar de pasar mas adelante:
Con arco y flechas bien apercebido
A los lados espada va tajante;
Y el que se via de comida falto
Con el escuro manto daba salto.

En pueblo ó chaneria, do metido
Buscaba cebo para los gargueros,
Y si del morador era sentido
Con manos prestas y con piés lijeros
Hacían cada cual tan gran ruido
Como si fueran treinta compañeros,
Y después ya de recogido algo
No lo tomara muy lijero algo.

Pues para los coger el mas lijero
Sus piernas viera ser como difuntas;
También Mabuya fué tan gran flechero
Que yo le vi tirar tres flechas juntas:
Y dar con todas ellas en terrero
Y en pequeño compás todas tres puntas,
Y así por estos llanos, valles, vegas
Se libró de grandisimas rieugas.

Las cuerdas de sus arcos mas usadas,
Y con que peleaba mas de veras,
Eran listas de cañas bien sacadas
Haciendo de sus nudos empulgueras;
Que puestas en el arco y ajustadas
Eran por mucho tiempo duraderas,
Pues si á posta no se las quebraban
Sus diez y doce años le duraban.

Sucedieronle grandes entremeses
Atravesando por aquellos llanos,
Invernaron divisos en conveses
A la sierra del norte mas cercanos;
Y á cabo ya de diez ó doce meses
Vinieron á toparse con cristianos,
No de los desterrados y primeros,
Sino de Joan Patiño y Ontiveros.

Pues aunque la enadrilla se huía
Y cada dia les faltaban gentes,
La una de la otra no sabia
Invernando por partes diferentes;
Pero como llevasen una via
Acabadas las aguas y crecientes,
Por rastros que dejaban en la tierra
Se juntaban los mas junto á la sierra.

Reinoso, que esta gente vió huida
Como de la restante se recela,
También apresuraba la partida
Mandando caminar á Venezuela;
E iban ya los rios de crecida
Que miseros enfermos desconsuela
Por no hallarse piadosa mano
De padre ni de hijo ni de hermano.

Esclavo menos hay que se sujete
Al amo ni que cumpla justo mando,
Aquí se quedan seis, acullá siete,
Gimiendo están aquí y allí gritando;
Y el misero doliente si se mete
El agua lo llevaba volteando,
Capitanes no hacen lo que suelen
Ni hombres de los hombres se conducen.

¿Quién os podrá poner en escritura,
Que lleve sonoro su concierto,
Tanto trabajo, tanta desventura,
Tan increíble hambre, tanto muerto?
Pues lo que digo es abreviatura
O cifra muy cifrada de lo cierto,
Y aunque mas alargásemos la pluma
Todavía sería breve suma.

Pues hubo quien en esta coyuntura
Abrió los pechos á su compañero,
Estando muerto ya de calentura,
Y aqueste fué Bautista Zapatero:
El cual se sustentó del asadura
Ansi como si fuera de carnero,
Y andando después imaginativo,
Huyó y no pareció muerto ni vivo.

Yendo pues el Reinoso con sus gentes
Inquiriendo la tierra mas subida,
Pasaron sin haber inconvenientes
Una quebrada llana y estendida:
Llegaronse después quince dolientes
Al tiempo que venia ya crecida,
Demandaron socorro con voz blanda
A los que estaban de la otra banda.

Pedro Martel volvía las respuestas
Horrendas á los pobres miserables,
Por ser palabras sucias, deshonestas,
Tan torpes como él y detestables:
Al fin por no ver quejas tan molestas
Gemidos y clamores entrañables,
Determinaron todos de dejállos
Pudiéndolos pasar en los caballos.

Visto que la quebrada mas crecía
En proceloso tiempo y lugar malo,
De aquella miserable compañía
Sin reparo, comida ni regalo,
Un Domingo Riberos otro día
Pasó los pechos puestos en un palo,
Luego pasó tras él en un madero
Un mulato llamado Joan Quintero.

Mas los otros de todo bien inermos,
Aunque buscaban vias y maneras,
No pudieron pasar por ser enfermos
Y no tener las fuerzas tan enteras;
Y así quedaron en aquellos yermos
Por cebo de las bestias carniceras,
Y el número de dos menesteroso
No siguió mas los pasos del Reinoso.

Mas por otra derrota van á tiento
En grandísimo riesgo de la vida,
Tallos de hobos era su sustento
Y el regalo mayor de su comida;
E yendo con penoso sentimiento
Encontraron también gente huida:
Recibieron los dos tan gran consuelo
Que parecíoles ver ángel del cielo.

Con los dos se cerró número entero
De diez cristianos, y aunque flaca mano,
Supieron inquirir invernadero
Donde no les faltó copia de grano:
Sanaron el Riberos y el Quintero,
Y el tiempo ya llegado del verano,
Se juntaron con otros fugitivos
De los cuales hay hoy algunos vivos.

El Reinoso también hizo parada
Con algunos sustentos pasaderos,
Y enviando la gente mas armada
Por pueblos comarcanos y fronteros,
Acogióse Diego de Losada
Con treinta ó con cuarenta compañeros.
El cual la vuelta de Cubagua iba
Recogiendo la gente fugitiva.

Topando la cuadrilla y el rebaño
De los que por la sierra van á tino,
Asegurabalos de todo daño
Diciendo: « todos vamos un camino. »
El Reinoso, corrido del engaño,
Con el restante de la gente vino
A Venezuela, do los alemanes
Tenían valerosos capitanes.

Trabajos padecidos representa
Con gran valor de su persona sola,
Mas allí no se hizo tanta cuenta
Que por ello le diesen laureola;
Por cuya causa casi por afrenta
Determinó pasar á la Española,
Donde murió después cristianamente,
Y á conjugales nudos obediente.

Losada con su copia de soldados
Y los demás que andaban divertidos,
Llegaron á los pueblos deseados,
Los cuales se hallaron destruidos:
Sus pocos moradores rebelados,
Y en fuerzas de palenques recogidos,
Nadie les daba ya seguro puerto
Sino Guaramental, aunque era muerto.

Dejó por sucesor un Antonico,
Hijo suyo, de nobles condiciones:
Fué tutor Paraiama, por ser chico,
El cual favoreció nuestros varones,
Mas el uso de esclavos tan inieuo
Pagóle con muy grandes sinrazones,
Porque el desorden grande de cudicia
No sabe guardar orden de justicia.

Hallaron por allí rescatadores
De la Cubagua y de su granjería,
O por mejor decir saltadores,
Envejecidos en su tiranía:
Estotros, como no fuesen menores,
Con aquellos hicieron compañía,
Y asolada la tierra comarcana,
Volvieron todos á Maracapana.

Luego por los delitos atrasados,
Y aquellas locas y atrevidas furias,
Pedían los que fueron agraviados
Justa satisfacción de sus injurias;
Los bienes luego fueron confiscados
Para suplir jüeces sus penurias:
Al fin Ortal y Frias y Castillo
Por un hilo sacaban un ovillo.

Este y aquel y el otro les pedia
(Jüez el licenciado Castañeda):
Pagaba con esclavos que traía
El que sin corporal castigo queda;
Pagaba al fin aquel que no debía,
Quiero decir, quien era la moneda:
Esclavos eran costas y derechos,
O ya fuesen bien hechos ó mal hechos.

Eran por veedor avaliados,
O vendidos en públicos pregones
Aquellos pobres desaventurados,
Que nunca cometieron las traiciones;
Finalmente, jüeces y culpados
Eran unos finisimos ladrones,
Pues en nada se vió tal insolencia
Ni tan grande sultura de conciencia.

Pero por ser desorden tan antiguo,
Cubrámoslo con taciturno sello,
Y el que quisiere ver este castigo
Al fin de lo de Ortal podrá leello:
Por ser en este tiempo lo que digo
De las muertes de Aduza y del Argüello,
Que pues de Ortal allí me despedía,
Cubrillas con silencio no cumplía.

Purgadas pues las costas y los daños
Del licenciado Frias y oficiales,
No por eso cesaron los engaños
Y ofensas en aquellos naturales:
Porque por grande número de años
Anduvieron soldados principales
En la contratación mal ordenada,
De los cuales fué Diego de Losada,

Capitán valeroso y esforzado,
Varon en guerra y paz de gran recato,
Gran hombre de caballo y agraciado
Mas á bien recebido no muy grato;
Y así fué de Cubagua desterrado
Por cierto desconcierto y desacato:
Hizose con algunos á la vela,
Y vino por mar á Venezuela.

Micer Enrique Rebolt, que la regia
Y por los alemanes fué teniente,
Recebiólo con grande cortesía,
Y toda la demas antigua gente:
El Diego de Losada persuadia
Al alemán ya dicho grandemente,
Enviase á tomar las posesiones
Hasta Maracapana y sus ancones.

Porque segun se via por escrito
Por cédulas del rey y provisiones,
De su gobernacion y su distrito
Eran todas aquestas poblaciones:
Ayudáronle muchos con un grito,
Y él acudió con estas intenciones,
Y con Losada y otras gentes ciegas
Vino por capitán Joan de Villegas.

No vinieron por mar, sino por tierra
Y por aquellos llanos ya sabidos,
Costeando la falda de la sierra
Cien hombres destos bien apercibidos:
Lo que hallan de paz hacen de guerra,
De muy largas cadenas proveidos,
Y en ellas grande número de gente
Herrados por esclavos falsamente.

De la manera pues que aquí se trata
Llevaban muchos hombres y mujeres,
Llegaron á la mar de Chacopata,
Adonde pregonaron sus poderes;
Y luego por gozar de la barata
Acuden de Cubagua mercaderes:
Estuvieron allí los deste bando,
Espacio de dos meses contratando.

Llaman de paz á los de aquel partido
Los capitanes falsos y perjuros:
Los indios no pensando ser fingidos
Salieron de sus fuerzas y sus muros;
Y el consorcio cruel y fementido
Cuando los vió sin armas y seguros,
Dieron sobre ellos repentinamente
Y tomaron gran número de gente.

Un indio bien ladino les decia,
Como se vió de libertad ajeno:
« Esto no fué valor, ni valentía,
Ni hecho que manó de pecho bueno:
Prendernos con tan gran alevosía
Sobre paz y las manos en el seno;
Pues nosotros salimos como hermanos
Debajo de palabra de cristianos.

« Y pues captividad no merecemos,
De libertad pedimos las enmiendas;
Que si por culpa vuestra nos movemos
A descubiertas guerras y contiendas,
Bien sabes tú, Losada, que sabemos
Defender las personas y haciendas;
Así que pues llamais de paz la tierra,
No la quebreis con tan injusta guerra. »

No por eso cesó su desvarío,
Ni se mudaron estos pareceres,
Antes hierro les dan por atavío;
Y aherrajados hombres y mujeres,
Luego los entregaron al navío
Que tenían allí los mercaderes,
Volviéronse después la tierra adentro,
Donde hicieron otro mal encuentro.

Pues saliendo de paz el Antonico,
De Guaramental hijo y heredero,
Ya cacique paupérrimo de rico,
Por los inconvenientes que refiero:
Con estas insolencias que publico
Al muchacho leal, fiel, sincero,
Con seguro que se le prometía,
Le tomaron la gente que tenía.

Estos con otros muchos que tomaron
Por otras partes fuera del asiento,
Ansimismo vendieron y entregaron
A los que iban en su seguimiento;
Y todo lo barrieron y asolaron
Con un luciferino desatiento,
Y sin causa quemaron los bestiales
Cuatro caciques harto principales.

Luego la gente de conciencia suelta,
Firmes en añadir daños á daños,
Para su Venezuela dió la vuelta
Losada con los mas destos engaños:
Cuya perplejidad quedó resuelta
En acabar allí los demás años;
Y viendo de sus dias el invierno
Pretendia tener á aquel gobierno.

A la real audiencia hizo via
Para lo negociar segun se trata,
Mas el efeto de lo que pedia
Contraria voluntad lo desbarata;
Y al tiempo que sin mando se volvía
En la costa murió de Burburata,
Sin regalo de santos sacramentos
Por hallar despoblados los asentos.

Con este concluimos la jornada,
Y las mas circunstancias de Sedño,
La cual de prolijísima y pesada
Ha sido para mí gran quita-sueño;
Mas pues Cubagua queda rezagada,
Y es el negocio suyo no pequeño,
Justa cosa será que se concluya,
Y después della la vecina suya.

ELEGIA XIII.

Elogio de la isla de Cubagua, donde se trata la gran riqueza que allí hubo y su perdición y asolamiento.

CANTO PRIMERO,

Donde se trata de su primero descubrimiento y esterilidad, con otras particularidades dignas de memoria.

Cuanto naturaleza tiene hecho,
Examinado y visto sabiamente,
No vaca ni carece de provecho,
O ya sea cubierto, ya patente;
Que la virtud no pierde su derecho,
Aunque sea la muestra diferente,
Y así vereis do faltan muchas cosas
Otras que no son menos provechosas.

En Indias tierras hay do no se crian
Oro ni plata; mas en su distancia
Algunas veces hay tal granjería
Que suele dar riquísima ganancia,
Supliendo aquella falta que tenia
Con cosas de no menos importancia
Que causa natural allí compuso,
Y los hombres aplican á su uso.

No vereis por acá tierra tan pobre,
Que de lo que contratan las naciones
Alguna buena cosa no le sobre;
Pues aquí cogen copia de algodones,
Allí plomo y azogue, acullá cobre,
Aquí muchos ganados y allí dones
De cristales, viriles y esmeraldas,
Aquí pastel, orchilla, y allí gualdas.

La isla de Cubagua nos enseña
Este natural cambio claramente,
La cual aunque es estéril y pequeña,
Sin recurso de río ni de fuente,
Sin árbol y sin rama para leña
Sino cardos y espinas solamente;
Sus faltas enmendó naturaleza
Con una prosperísima riqueza.

Pues sembró por plaeles principales,
Que están á sus riberas adyacentes,
Gran copia de riquísimos ostiales,
De do se sacan perlas escelentes,
Con que ha engrandecido sus caudales
Crecidísimo número de gentes:
Diez grados medio mas es lo que nuestro
De la equinocial al polo nuestro.